

En un lugar solitario

José Manuel Vidal Ortuño

Para «Acles», sin cuya
amistad cualquier intento
de escribir habría fracasado.



Glasgow (Escocia), otoño de 1942. En uno de los fríos despachos de la antigua universidad, una radio emite las últimas noticias del conflicto mundial. Luis Cernuda, en la actualidad profesor, desconecta —hastiado— el aparato. Queda, sin embargo, un pesimismo en el ambiente, como si la soledad se pudiese palpar. Sobre el escritorio, una serie de papeles y objetos reposan en bien estudiado desorden. Hay, junto al flexo encendido, una vieja postal de Sevilla con el Guadalquivir, la Torre del Oro y la Giralda al fondo, la única fotografía que guarda de su ciudad natal desde que la abandonara hace ya tantos años. Al otro lado de la mesa de despacho están unos libros: los «Sonnets» de Shakespeare, unos poemas de Keats, la «Correspondencia entre Goethe y Schiller» y una antología de epigramas griegos. Hay, también, un viejo manual de Literatura Española y poesía del Siglo de Oro, para sacar unas notas acerca del tema de «Collige, virgo, rosas...», tema que mañana ha de explicar ante un reducido número de alumnos, que quizá pronto —quién sabe— tengan que ir al frente. La radio desconectada y —apartado, casi oculto— un papel lleno de tachaduras y un sinfín de correcciones, que contiene un poema incompleto, al que pondrá por título «Primavera vieja». En realidad, el poema casi está terminado después de un largo proceso de elaboración entre aciertos y errores. Falta, tan sólo, un verso (el último), el cual sería una suerte de conclusión, un aforismo que dé sentido al conjunto; y aunque baraja algunas posibilidades, no parece decantarse por ninguna. Únicamente un verso y el poema formará parte de

ese libro, sin nombre siquiera, que prepara. Atardece y el paisaje que se atisba por la ventana es más triste que de costumbre. Abajo, en el jardín, hay una serie de metáforas cansadas: las hojas caídas en el suelo; los árboles perdiendo su esplendor; una luz marchita, crepuscular; el «tempus fugit» y un lento apagarse del mundo... Un bello espectáculo, sí, un bello espectáculo. El cielo nublado y la monótona lluvia. Lluve sobre el mundo como llueve sobre mi corazón (¿Era así como lo decía Verlaine?). Lluve y llueve. La lluvia, que en otro tiempo significara sinónimo de vida, le produce aquí en Escocia un sentimiento de inefable melancolía. Abandona la pluma, apoya la mejilla en la palma de la mano y fija su mirada en el paisaje que se vislumbra —difícil— a través de los cristales, que lloran lluvia. Lluve pausadamente; llueve y llueve; tristeza y más tristeza. Casi de la misma forma que llovía entonces, hace más de diez años, aquel otro atardecer en Madrid, en el jardín del Retiro, cuando todo era diferente con la compañía de aquel muchachito. Bajo el chaparrón buscaban refugio inútilmente entre los árboles. El agua los envolvía con voluptuosos perfumes. No olvidará nunca la cara mojada del adolescente, aquel rostro que se correspondía exactamente con el rostro del amor y que, como lo mirase, le pareciera el más hermoso del mundo. Era, tal vez, la luz altísima que siempre quiso alcanzar. Entonces sí, aquel hubiese sido el momento justo del rapto; él trasmutado en poderosa águila, como un anacrónico Zeus que bajara del Olimpo en busca del mortal, sumiso Ganimedes, príncipe cuya belleza no tiene parangón

entre los mismos dioses. Volar remontando ciudades, nubes y cielos hasta llegar a un lugar solitario o una isla desierta (la acariciada idea del Sur), para aprender a morir —despacio— junto al amado, como rey absoluto de un imperio donde sólo mandan los sentidos. La historia, en fin, empezó poco antes en una noche de estío (las imágenes van emergiendo como del fondo del mar, de lo más hondo de la memoria). El crepúsculo jamás tenía un sentido de final, sino de preludio hacia lo desconocido, hacia lo intenso. El, durante el día, era Luis Cernuda, un joven poeta, una promesa para las letras; un hombre, además, raro, atildado siempre, algo extravagante, que vestía trajes de confección inglesa y camisas de seda, a veces un sombrero y otras (menos) también un monóculo. El pelo muy negro y engominado; una flor en la solapa. Un dandy, en definitiva. Una apariencia impecable, una muralla de orgullo como defensa a su timidez enfermiza. Uno más de los que se movían entre los círculos literarios y las tertulias de café; que pasaba tardes enteras —dicen— en casa de Aleixandre, Federico tocando al piano canciones andaluzas mientras recita fragmentos del «Romancero gitano». Una persona normal en un mundo bien organizado, que hallaba en la luna una salida, la cara oculta del vivir. Porque con el crepúsculo comenzaba la huida y la noche no era otra cosa que un descenso a una realidad más sórdida, pero más personal y propia que el anodino universo material y ficticio que esta sociedad le ofrece. Vagar por tabernas y teatrillos nocturnos de los bajos fondos hasta que apunte el alba, deleitarse en los placeres sencillos, buscar amistades

distintas; sentir, finalmente, que —aunque se bajan peldaños— crece la vida en cuanto a plenitud. Y fue en una de esas noches (no podría ubicarla: sólo sabe que era verano) cuando conoció al joven dios. El muchacho entró en uno de esos bares que él frecuentaba, en compañía de un conocido (perdido ya en la mente) y ahora, pasados más de diez años, evoca con increíble precisión los perfiles de aquel prodigio: la piel soleada, los ojos brillantes como joyas antiguas, los labios encendidos y una gracia especial que se escapa a toda retórica... Hubo, sencillamente, una presentación y una sonrisa. Así habría de nacer una amistad, un amor, pero también un tormento, con contradicciones, los vaivenes entre el odio y la pasión, el drama de los celos; para terminar en una dolorosa despedida que fue para siempre. Mas nada de aquello se presentía en el primer encuentro con el local cargado de música y humo, donde felizmente no había tediosos escritores ni aburridas conversaciones literarias, y la vida —en cambio— palpitaba en los instantes. Por primera vez, la juventud, la belleza y el amor coincidían en un ser realmente dorado. Como tampoco había atisbos de tragedia en la excitación de los días sucesivos, cuando leer cualquier libro resultaba tarea vana, tan inútil como cualquier intento de escritura; ya que la persona amada era un cosmos particular y la realidad o la literatura, en contraste, resultaban mediocres. ¿Acaso no era el amor, el verdadero amor esa sensación de vértigo constante, esa sed que no se sacia sino con la presencia? ¿No era, al fin, ese «algo más», que presintió muchas veces, pero que nunca tuvo? Eran días radiantes, un tiempo en el que lo que menos importaba era el tiempo mismo, porque no existía. Beber y fumar durante las noches tibias en la terraza de un café charlando, acudir a lugares no acostumbrados, no aptos para la mañana y terminar bien tarde en una perdida pensión, en una cama con el muchacho entre los brazos, sintiendo al contacto cada centímetro de piel y un beso que viaja al infinito. La escena le persigue después de muchos años. El jovencito desnudo, tendido en la cama; él que demora el encuentro, absorto en la contemplación de la maravilla; las manos que tocan formas, pero que intuyen otras más altas esferas; reptar por el interior de los muslos hasta llegar al corazón de

la materia (el tema de la rosa que mañana explicará en las aulas). Luego, de madrugada, vestirse de nuevo, anudar corbata y ultimar peinado, memorizar la armonía de esos miembros que descansan dormidos en el lecho, dejando —antes de marcharse— algunas monedas en la mesilla. En la calle los pájaros cantan, temprano, con inusitada musicalidad y queda en las manos un aroma a cuerpo que embriaga. ¿Cuánto duró el amor? ¿Hasta dónde el límite de la felicidad? ¿Cuándo el principio del fin? Porque tras los días de plenitud, hubo muchos de sombra, en los que el jovencito se mostraba esquivo, cada vez más inaccesible y distante, como si una pared invisible se parase. Poco a poco el abismo se iba abriendo más y más entre los dos y los encuentros eran una cita con el vacío. Oscuridad y llanto alrededor y la sensación de que la felicidad se aleja volando y nos deja solos, indefensos, engañados en medio de la desolación. No quiere tampoco revivir los últimos días: las discusiones, los enfrentamientos, las frases que hieren consciente o inconscientemente, la derrota, el largo olvido... Fue breve la dicha, fue breve el calor y después no hubo nada, salvo un poemario escrito a raíz de aquella experiencia que ahora, en la distancia temporal y espacial, la lectura del mismo le produce rubor y humillación a un tiempo. Desde entonces conoce la miseria que esconde, en ocasiones, un alma bella, la herida que es capaz de producir, incluso, el oro, el ángel terrible con su ala de acero; que toda relación sentimental cuenta —desde la génesis— con el declive y la caída. La historia fue áspera y así lo comprendió después de haberla sobrepasado. En el amor, como en la vida, los desengaños cuentan para ir formando una madurez que él no acaba de encontrar. Es por eso que aún espera —platónico impenitente— escapar algún día de cualquier manera y habitar en un lugar solitario donde siempre sea verano y sueña todavía con la compañía agradable. Pero puesto que el Sur no existe tal y como él lo concibe; puesto que no hay ni playa, ni sol, ni mar, ni una isla desierta, ni —tampoco— el cuerpo amigo; puesto que el Amor, el verdadero Amor queda lejos, el placer es efímero y el deseo nunca se satisface; pidiendo lo imposible, lo mejor sería, pues, volver más atrás, al sur real de su infancia, a su ciudad y encontrar que todo permanece como cuando lo

dejara. Pasear aquellas calles estrechas y calladas donde se respira con perfume de azahar en primavera, invitando a la voluptuosidad o bañarse en las orillas del río durante los días calurosos de julio, en que la naturaleza permanece extasiada. Volver a aquella fuente, al patio iluminado de su casa, donde se diría el tiempo ilimitado con sabor a eternidad. Aquellos años de la infancia, cuando no habían nacido ni el amor ni el deseo, la vida semejaba fácil y la realidad era amiga. Pero ahora el regreso es imposible en una España intolerante que —como una tradición que le viene de siglos— sigue buscando traidores en su mismo suelo, la España detestable que se nutre de mentiras, que ama el crimen y las armas en menosprecio de lo humano. Además, el eterno retorno no es más que una falacia filosófica, un engaño de la literatura y si los años no vuelven, las emociones tampoco. Sabe, pues, con amarga certeza, que el pasado está definitivamente muerto y el presente, aquí en Glasgow, es brumoso y gris. Continúa lloviendo mansamente. La noche se ha ido haciendo sin darse apenas cuenta y una penumbra lo envuelve todo. Sólo ilumina la bombilla del flexo. Ya no se ve nada a través de la ventana. Y aunque un día es igual a otro día, aunque los cuarenta años empiezan a ser una pesada carga, Luis Cernuda no se da por vencido y tal vez se engañe, pero piensa que, con todo, la verdadera vida (el Amor y la Belleza en el cénit; el Deseo al fin satisfecho) está, todavía, por llegar. Mientras tanto, la nostalgia le invadirá, como de costumbre, cada tarde. Sin embargo, ahora que los fantasmas ya se han desvanecido, enfrentando otra vez a ese poema al que tan sólo falta una línea, coge de nuevo la pluma y escribe una idea, una suerte de resumen de esta tarde que ha perdido tontamente en un arrebatado de nostalgia, un verso que contiene su existencia entera y que le recuerda —con malvada, pérfida, ingrata sinceridad— «cuán bella fue la vida y cuán inútil».

Murcia, mayo de 1985

